

“Doña Bárbara”

Por David Jiménez P.

Consagrado antes de su muerte como un auténtico maestro de la narrativa hispanoamericana, acaba de fallecer en su ciudad natal **Rómulo Gallegos**, escritor venezolano (1884-1969).

El premio internacional de literatura que lleva su nombre y que fue constituido en su honor, acredita el respeto con que aún se mira su obra; así lo atestiguan las palabras de Mario Vargas Llosa, al recibir ese premio en 1967 por su libro “La Casa Verde”.

La novela que vino a consagrar definitivamente a Gallegos fue “Doña Bárbara”, aparecida en 1929, hace ya 40 años. De entonces acá, la novela hispanoamericana ha recorrido mucho camino. Pero, reconócese o no lo importancia de Gallegos, el aporte de éste a la narrativa continental es innegable.

Resumiendo, el argumento de “Doña Bárbara” es como sigue: Santos Luzardo, alejado desde su infancia de la hacienda paterna en el llano para preservarlo de la barbarie y los odios ancestrales, retorna a ella, al terminar sus estudios de Derecho, con el propósito de venderla. Allí se encuentra con que está al borde de la ruina por la rapiña de los administradores y el cacicazgo de Doña Bárbara. Decide entonces quedarse y reconstruir el antiguo esplendor de “Altamira”, oponiéndose a la violencia e imponiendo el respeto a la ley.

NCTA. — En Caracas, la ciudad de sus sueños, falleció a principios de abril —cargado de años y de glorias— el insigne novelista americano cuya obra literaria constituye de veras un episodio crucial de la literatura de este siglo. Sus novelas, de mérito impar, son, sin embargo, un testimonio maravilloso de esta América dura y violenta, pero amable y cordial que nos tocó por patria. En rendido homenaje al gran novelista incluimos este breve pero acertado ensayo realizado por un estudiante de Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Bolivariana, sobre “Doña Bárbara”, sin duda la novela más representativa de Gallegos.

Para ello debe enfrentarse con Doña Bárbara, mujer sin escrúpulos, que guarda en su corazón un odio feroz por los hombres, fruto de una desoladora historia de su infancia. Hay en ella, sin embargo, el recuerdo de un hombre bueno, Asdrúbal, por el cual sintió verdadero amor. Ante Santos Luzardo siente que ese recuerdo se va imponiendo cada vez más en su alma.

Doña Bárbara tiene una hija, Marisela, que ha crecido en el más completo abandono. Su padre, Lorenzo Barquero, es una de las víctimas de "la devoradora de hombres". Santos Luzardo se propone hacer de la muchacha semisalvaje una auténtica mujer y lo consigue hasta tal punto que ella se convierte en una necesidad de su vida.

Mientras los obstáculos hacen flaquear muchas veces los propósitos de Luzardo y hasta le llevan en alguna ocasión a tomar el camino de la violencia, Doña Bárbara presiente, con el fatalismo que la caracteriza, el final ya cercano de su cacicato. Un sentimiento donde se confunden la admiración por el adversario y el amor por el hombre fuerte y noble aparece en su alma.

Nace el amor entre Marisela y Santos. Doña Bárbara se debate en un torbellino de pasiones: frustración de todas sus ilusiones de vida nueva, despecho, odio, deseos de venganza. Al final, el recuerdo de Asdrúbal "pura sombra, sombra errante a través del alma tenebrosa", se reposita en un noble sentimiento. —"Es tuyo. Que te haga feliz", exclama y desaparece luego de aquella tierra.

La obra está narrada a la manera tradicional de la novela realista. En los capítulos segundo y tercero encontramos regresiones temporales que nos ponen al tanto de los orígenes de "Altamira" y del odio ancestral entre Luzardos y Barqueros; la infancia de Santos Luzardo y su temprana iniciación en la violencia. El capítulo tercero nos retrotrae a la niñez de Bárbara, la brutalidad de que fue víctima y, como consecuencia, el rencor que desde entonces concibió contra el varón. El resto de la obra corre normalmente, en un relato continuado.

Como novela regional, su valor es inmenso. Gallegos es maestro en la descripción de cuadros y costumbres llaneros. La doma, el rodeo, las veladas de la vaquería, la caza de los caimanes, son pinturas de insuperable realismo. Las supersticiones, "tenebrosa sabiduría de la existencia bárbara", ocupan un puesto especial en la novela, y verdaderamente el efecto que consigue con ello el escritor es magnífico.

No merece igual juicio el lenguaje coloquial. En mi opinión, hay dos personajes en la obra que hablan un lenguaje vivo, chispeante, al natural: son "Pajarote" y Marisela. Los demás, y en especial Santos Luzardo, se expresan con una corrección académica sorprendente. Las salidas de "Pajarote", sus rápidas y graciosas réplicas, sus expresiones típicas llaneras, sus metáforas ingeniosamente traídas de la vida diaria, las coplas y refranes tan oportunos e intencionados, merecen un estudio especial. Por ejemplo aquella copla, cuando Balbino Paiba es postergado por Doña Bárbara delante de Santos Luzardo: "el toro pita a la vaca / y el novillo se retira".

En la descripción del paisaje, Gallegos abandona la objetividad novelística por la subjetividad lírica. Por lo demás, ésta es una tradición de la novela hispanoamericana, desde Isaacs —o antes, quizá— hasta Rivera, Güiraldes, Ciro Alegría e inclusive, me parece, Juan Rulfo. Gallegos es un poeta de la naturaleza: un amanecer o un crepúsculo llaneros en su pluma se convierten en auténticos poemas en prosa. El lenguaje metafórico acude en su ayuda y la imaginación va pintando lo que los ojos no pueden ver.

Son notables, en la estructura de la obra, las intenciones simbólicas del autor. Doña Bárbara lleva ya en su nombre una clara alusión a lo que representa en la narración, igual que Santos Luzardo es luz y bondad y Míster Dánger, el señor "peligro". El juego constante de paralelismos y contrastes es demasiado evidente, tanto que llega a parecer ingenuo: la educación de Marisela corre pareja con el amansamiento de la yegua "Catira"; las apariciones del "Cotizado", "familiar" de la hacienda, son el augurio de una nueva prosperidad, en tanto que la muerte del "tuerto del Bramador" significa la próxima decadencia de "El Miedo". Las coincidencias se multiplican, pero no todas logran integrarse como elementos de auténtico valor novelístico.

En la novela "Doña Bárbara", los personajes son tanto mejor diseñados cuanto menos interés tenga el autor en probarnos con ellos una tesis. Al trazar, por ejemplo, la figura de Santos Luzardo, el novelista se empeña demasiado en mostrárnoslo perfecto y razonable, aún en sus altibajos, que en Luzardo no son más que la oportunidad de demostrar su hombría. Por el contrario, Marisela es, como creación literaria, la más fresca y atrayente de la obra. En ella, el autor derramó simpatía y espontaneidad, sin esquema previo ninguno. Si cada pensamiento y cada palabra de Doña Bárbara o Luzardo deben tener una intención precisa dentro de lo que representan en la obra, sin que puedan dar un paso fuera del camino trazado de antemano, Marisela puede vivir con naturalidad su vida propia dentro de la novela, sin tener que ceñirse a un simbolismo prefijado. Me da la impresión de que en Marisela se a un simbolismo prefijado.

Santos Luzardo lleva en su sangre la acometividad irrefrenable que causó la ruina de los Luzardos, pero la pone al servicio de un ideal civilizador. "Es necesario matar al centauro que todos los llaneros llevamos dentro", fue la frase que escuchó de pequeño a su primo Lorenzo Barquero. Luzardo la convierte en su lema. La civilización en la llanura debe comenzar por la cerca: ésta significa el derecho contra la fuerza. Pero "para ello sería menester cambiar primeramente el modo de ser del llanero. El llanero no acepta la cerca. Quiere su sabana abierta como se la ha dado Dios", afirma Antonio. Santos comienza a compenetrarse con la vida llanera y poco a poco va echando en olvido sus proyectos civilizadores: "Bien estaba la llanura así, ruda y bravía. Era la barbarie. Pero, después de todo —se decía— la barbarie tiene sus encantos, es algo hermoso que vale la pena vivirlo, es la plenitud del hombre rebelde a toda limitación". Luzardo evoluciona de una actitud rechazadora, en nombre de la civilización, a una admiración y casi una

entrega a los encantos de la vida llanera, ruda pero hermosa en su independencia y simplicidad. "Por todas las potencias de su alma abiertas a la belleza y al dolor de la llanura, le entró el deseo de amarla tal como era, bárbara pero hermosa, y de entregarse y dejarse moldear por ella, abandonando aquella perenne actitud vigilante contra la adaptación a la vida simple y ruda del pastoreo". Hay un momento de la novela en que Santos Luzardo cede a la instigación de la violencia y acepta el reto: "era la hora del hombre y no la de los principios". Entonces Antonio, que ya comienza a entrar por las vías de la civilización, es quien reprueba esta actitud: "yo estoy por lo que me hizo comprender el doctor: La cerca en todas partes y cada cual criando lo suyo dentro de lo suyo". "Todas las cosas tienen sus más y sus menos y al doctor le ha dado ahora por el más", dice el mismo Antonio. Y "el más" llega a un límite: la "gloria roja" de haber dado muerte a un hombre como "el Brujeador", el ingreso a la fatídica cifra de los hombres que han tenido que hacerse justicia a mano armada. Pero Santos es redimido por el amor de Marisela. Ella, hija de Doña Bárbara, hija de la llanura y de la barbarie, pero moldeada por las manos de la civilización, de Santos Luzardo, devuelve la paz al corazón de ese hombre que ahora le debe tanto como ella a él.

Con lo anterior podemos intentar ya una solución a la debatida antinomia: civilización-barbarie, y su sentido en la novela de Rómulo Gallegos.

No se trata, como han pretendido algunos, de una valoración simplista, donde el ideal sería la imposición de la vida civilizada sobre la existencia llanera, más elemental y primitiva. En "Doña Bárbara", al menos así lo he entendido yo, no hay exclusión sino deseo de síntesis: la vida del llano, con lo que ella tiene de admirable y hermosa, moldeada y suavizada por la civilización. Como quien dice, Doña Bárbara convertida en Marisela por la acción amorosa de Santos Luzardo. Pero, a su vez, la civilización abierta a los encantos de la llanura, amándola tal como ella es, y al final, encontrando quizás la salvación en esta vida simple y ruda. Es decir, Santos Luzardo enamorado de Marisela y, a la postre, salvado por ella.

Doña Bárbara se nos presenta con todos los colores sombríos: junta a su tenebroso rencor la más hirviente sensualidad; es codiciosa, rica y avara; experta en artes de hechicería; los hábitos de marimacho han atrofiado en ella hasta las últimas fibras femeniles de su ser. Adornada en cambio por una original hermosura, con algo de salvaje, bello y terrible a la vez. Y en el fondo del alma sombría, una pequeña cosa pura y dolorosa: el recuerdo de Asdrúbal. En un principio intenta conquistar el amor de Santos Luzardo solo por sus encantos de mujer. Cuando en su orgullo siente que sus recursos femeninos han fracasado, se dispone a lograrlo por las artes de bruja. Es Marisela quien se interpone entonces. Se había hecho la ilusión de haber nacido a una vida nueva, olvidando su pasado. Pero, "para ser amada por un hombre como Santos Luzardo es necesario no tener historia". Sentimientos encon-

trados se debaten en el alma de Doña Bárbara ante la frustración de todas sus ilusiones. Pero al final triunfa aquella pequeña cosa pura y dolorosa que es el amor de Asdrúbal.

Si Doña Bárbara simboliza la llanura, es solo un aspecto de ella, su lado violento y bárbaro; pues el otro aspecto lo encarna bellamente Marisela. Con todo y esto, en la misma Doña Bárbara insinúa claramente Gallegos que la llanura, aún considerada en su aspecto bárbaro, lleva en el fondo un germen activo de bondad, que aflora cuando más se necesita. Así se explica la última decisión de Doña Bárbara: "Es tuyo. Que te haga feliz!".

Marisela: criatura montaraz, descalza y mugrienta; arisca como el animal salvaje. A lo largo de la obra se va transformando, se va haciendo mujer. Santos comienza por hacerle tomar conciencia de su belleza: "Por qué no se sentirá la propia belleza, como se sienten los dolores?". Con su belleza, despierta también el encanto de la naturaleza, inadvertido antes. El cambio en su lenguaje nos va dando la medida de su progresiva educación. Naturaleza recia y dúctil a la vez, Marisela personifica, para Santos Luzardo, el alma de la raza, abierta, como el paisaje, a toda acción mejoradora: "Limpia, presumida ya, todavía silvestre, pero como la flor del paraguayán, que embalsama el aire de la mata y perfuma la miel de las aricas". Todas las reacciones de Marisela llevan el sello de la ingenuidad, pero especialmente lo lleva su naciente amor por el hombre que la mira únicamente con los ojos de un padre: "entre la realidad y el sueño, era todavía la pasión sin nombre". El capítulo X de la segunda parte, donde Marisela declara su amor a Santos y sueña que él a su vez se le declara, es, para mi gusto, uno de los mejores del libro.

Entre todos los personajes de la novela, yo escogería a Marisela como el mejor logrado. La diafanidad de sus sentimientos refleja inmediatamente su sencilla ilusión, el desengaño infantilmente expresado con gruñidos, la alegría o el amor.

Pero el destino la había engendrado en el vientre de la embrujadora de hombres y Marisela, con un sentimiento de desesperanza, retorna a su rancho de la Chusmita: "Me haré el cargo de que todo ha sido un sueño". La fuente de la ternura, que Santos creía sellada en el corazón de Marisela, se abre entonces para su padre. Así la encuentra Luzardo, al morir Lorenzo Barquero: con la expresión de amor en los ojos, algo para lo cual creyó incapaz a Marisela.

En la creación de este personaje, Gallegos ha derrochado lirismo y simpatía. Para expresar el vacío de su ausencia en casa de Luzardo, Antonio exclama: "Usted es para el doctor, mejorando lo presente, como la tonada para el ganado, que si no la escucha cantar, a cada rato está queriendo barajustarse".

"Marisela, canto del arpa llanera, la del alma ingenua y traviesa, silvestre como la flor del paraguayán, que embalsama el agua de la mata y perfuma la miel de las aricas".

“Doña Bárbara” es primordialmente una novela de acción y de paisaje. Sólo en segundo término, de creación de caracteres.

Si el valor de “Doña Bárbara” fuera a medirse exclusivamente por la profundidad del análisis psicológico de los personajes, se lo concederíamos mediano. Si tuviéramos que medirlo sólo por la importancia y novedad de las ideas, se lo concederíamos más escaso aún.

Por el contrario, cuando decimos que “Doña Bárbara” es el poema de la llanura, apuntamos exactamente a uno de sus méritos principales.

Y yo le anotaría un segundo mérito, no menos relevante, algo que muchos novelistas parecen haber olvidado hoy en día, y que es, por lo tanto, aleccionador: “Doña Bárbara” es una novela que se deja leer, que da gusto leer y que una vez comenzada no se cae de las manos.